

En este año 2007 prolijo en aniversarios literarios pocos parecen acordarse del centenario del nacimiento del poeta francés René Char. René Char vivió durante algo más de ochenta años a lo largo de un siglo cuyos años de la segunda gran guerra lo marcó irreversiblemente en su alma y en su poesía. Como ha ocurrido en otros grandes artistas, las grandes contradicciones del siglo XX fueron el caldo de cultivo de una obra quizás algo breve, pero llena de belleza, de amor, de solidaridad y compromiso social. Una obra que bebió de las fuentes del surrealismo pero que no otorgó oportunidades al nihilismo. Como él mismo indicó: "lo que viene al mundo para no perturbar nada no merece ni miramientos ni paciencia".

Fue querido y admirado por grandes personalidades del siglo pasado como Albert Camus, Alberto Giacometti o Martin Heidegger. Pero fue, sin duda, un gran solitario, un hombre defensor a ultranza de su independencia, quién declaró que para él un poema era, sobre todo, "una cima de mí mismo" que deseaba descendiera hasta el lector atento. Poeta a veces duro y casi siempre delicado, nos ha regalado versos de auténtico compromiso con la belleza ("En nuestras tinieblas no hay un sitio para la Belleza. Todo el sitio es para la Belleza"), con el amor ("Soy el poeta, portador de pozo seco al que tus lejanías, amor mío, abastecen") y con la solidaridad humana ante el drama cotidiano ("No te postres sino para amar. Si mueres, sigues amando").

Recordar a René Char es hacer justicia a una obra que habitó y heredó, como pocas, el dolor y el desgarramiento del combate de la vida diaria del que, como dejó escrito Albert Camus, aceptó voluntariamente el sacrificio, no el disfrute ("Ser del salto, no del festín, su epílogo"). Un sacrificio plasmado en una obra que seguirá asombrándonos siempre. Como misteriosamente nos inquieta y nos inquietará siempre lo que dejó escrito en uno de sus poemas: "Mundo cansado de mis misterios, ¿está prevista mi noche en la morada de un rostro?"

Antonio Heredia

Así llamaban los romanos a aquellos territorios ignotos allende los bárbaros, el África selvática donde sólo había certeza de la existencia de monstruos. En la ciudad también hay territorios que parecen vedados. Unos por la "ordenación" planificada que la Administración organiza a través del urbanismo; otros, por la marginación de zonas cada vez más grandes, abandonadas a la especulación "libre" de empresarios sin escrúpulos o a la no menos "libre" acción de delincuentes callejeros. Estos *no lugares* a veces adoptan la forma de espacios basura, como los llama el arquitecto Rem Koolhaas (*Espacio basura*. Ed. Gustavo Gili): "es lo que queda después de que la modernización haya seguido su curso o, más concretamente lo que se coagula mientras la modernización está en marcha, su secuela"; es decir, derribos, descampados, fábricas abandonadas, monumentos moribundos, terrenos en barbecho especulativo. Pero otras veces no nos acercamos a ellos porque los poderes públicos parecen empeñados en tratarnos como a esos zares a los que construían decorados que tapaban miserias por los lugares que tenían que recorrer rápidamente en carroza. La tematización y gentrificación de centros históricos, cuyo paradigma es el derribo de edificios conservando como pura escenografía callejera sus delgadas fachadas, no es más que un velo que impide ver la realidad que se encuentra ahí al lado.

A uno de esos territorios vedados, las urbanizaciones privadas de California, se acerca con inteligencia Nick Cassavettes en *Alpha Dog* (2006) filmando el reverso tenebroso de *Sensación de vivir*. Los desorientados jóvenes que aparecen, hijos de una generación hastiada por el lujo, hacen una deriva urbana durante un día que desembocará en el horror, no sin que antes se nos puntúe, mediante rótulos innecesarios, los lugares y las personas con las que se van encontrando por azar mientras dura el absurdo secuestro de un adolescente. No en vano, su sacrificio se producirá en las afueras, en una especie de altar desde el que se dominan las luces del laberinto urbano de Los Ángeles.

Sin embargo, hay quienes no se resisten a mostrar lo desconocido. A ir más allá, donde están los leones. Durante mayo, el artista Stefan Kaegi ha preparado en Madrid la intervención Cargo Sofía - Madrid, un viaje documental al extrarradio de la ciudad para 54 espectadores instalados en un tráiler con uno de sus lados convertidos en ventanal, con las explicaciones de trabajadores de la zona. ¿Turismo postmoderno? ¿Performance colectiva? ¿Mera banalidad?

Fernando Jiménez